

tamente. Acababa de recibir por conducto de París nuevos favores de Verona, obteniendo el mando en jefe de los países católicos, que era el objeto de todos sus deseos. Esta nueva dignidad, enfriando el celo de sus rivales, había excitado singularmente el suyo. Esperaba una nueva expedición dirigida hacia aquellas costas, y habiéndole ofrecido el almirante Waren las municiones restantes de la expedición de Quiberón, no vaciló ya más. Empezó en la orilla un ataque general, rechazó á las avanzadas republicanas y recogió, alguna pólvora y fusiles. Los ingleses desembarcaron al mismo tiempo en la costa de Morbihán á las infelices familias que llevaban consigo, y que se morían de hambre y de miseria en la isla de Ouat; y rota así la pacificación, comenzaba de nuevo la guerra.

Hacia mucho tiempo que los tres generales republicanos, Aubert-Dubayet, Hoche y Canclaux, jefes de los tres ejércitos llamados de Cherburgo, de Brest y del Oeste, consideraban rota la pacificación, no sólo en Breaña, sino también en la baja Vendée. Habíanse reunido todos tres en Nantes y nada pudieron resolver. Disponíanse, no obstante, para acudir individualmente al primer punto amenazado; hablábase de un nuevo desembarco; se decía que era verdad que la división de Quiberón sería sólo la primera y que llegaba todavía otra. Advertido de los nuevos peligros que amenazaban á las costas, el gobierno francés nombró á Hoche para el mando del ejército del Oeste. El vencedor de Wisemburgo y de Quiberón era, en efecto, el hombre que merecía todo la confianza nacional en aquel inminente peligro. Marchó al punto á Nantes para reemplazar á Canclaux. Los tres ejércitos destinados á reprimir las provincias insurrectas habían sido reforzados sucesivamente por algunos destacamentos que procedían del Norte y por varias divisiones que dejaba disponibles la paz con España.

Hoche pidió autorización para sacar nuevos destacamentos de los dos ejércitos de Brest y de Cherburgo, á fin de aumentar el de la Vendée, que ascendió así á cuarenta y cuatro mil hombres. Luego estableció puestos militares muy atrincherados sobre el Sevre nantés, que corre entre las dos Vendées y que separa el país de Stofflet del de Charette. Tenía por objeto aislar así á estos dos jefes é impedirles que obraran de consuno. Charette había arrojado enteramente la máscara, proclamando de nuevo la guerra. Stofflet, Sapinaud y Scepeaux, envidiosos de ver á Charette nombrado generalísimo, intimidados también por los preparativos de Hoche é inciertos acerca de la llegada de los ingleses, no se movían aún. Por fin, se presentó la escuadra inglesa, primero en la bahía de Quiberón y después en la de Ile-Dieu, frente á la baja Vendée. Llevaba dos mil hombres de infantería inglesa, quinientos jinetes con su equipo, cuadros de regimientos emigrados, gran número de oficiales, armas, municiones, víveres, uniformes para un ejército considerable, fondos en metálico, y por último, el esperado príncipe.

Debían seguir otras fuerzas más considerables si la expedición tenía un principio de éxito y si el príncipe manifestaba su sincero deseo de ponerse á la cabeza del partido realista. Apenas se anunció la presencia de la expedición en las costas, cuando todos los jefes realistas enviaron emisarios al príncipe para asegurarle su

fidelidad, reclamar el honor de tenerle y concertar sus esfuerzos. Charette, dueño del litoral, era el mejor situado para ayudar el desembarco, y su fama, así como el deseo de todos los emigrados, atraían á toda la expedición hacia él. También destacó agentes para concertar un plan de operaciones.

No se descuidaba Hoche, entretanto, en hacer sus preparativos con la actividad y resolución que acostumbraba. Formó el proyecto de disponer tres columnas desde Challans, Clisson y Sainte-Hermine, puntos situados en la circunferencia del país, y dirigir las sobre Belleville, que era el cuartel general de Charette. Estas tres columnas constaban de veinte ó veintidós mil hombres, y debían imponer al país por su número, destruir el principal establecimiento de Charette y por medio de un ataque brusco ó impetuoso desordenarle de tal modo, que no pudiese proteger el desembarco del príncipe emigrado. En efecto, Hoche mandó salir estas tres columnas, y las reunió en Belleville sin hallar ningún obstáculo. Charette, cuya fuerza principal esperaba encontrar, no estaba en dicho punto; había reunido nueve ó diez mil hombres para dirigirse por la parte de Luçon, trasladar el teatro de la guerra al Mediodía del país y alejar de las costas la atención de los republicanos. Su plan estaba bien concebido, pero se malogró por la energía que se le opuso. Mientras Hoche entraba en Belleville con sus tres columnas, Charette se hallaba delante de Saint-Cyr, que cubre el camino de Luçon á Arenas. Atacó este punto con todas sus fuerzas, y doscientos republicanos que se hicieron fuertes en una iglesia, opusieron tan heroica resistencia, que dieron tiempo á la división de Luçon, que oyó el fuego, para acudir en su socorro. Charette fué acometido de flanco y derrotado enteramente, viéndose obligado á dispersarse con su gente para volver al interior del Marais.

Hoche, no encontrando al enemigo y descubriendo la verdadera intención de su movimiento, pasó con sus columnas á los puntos de donde habían salido, y se ocupó en formar un campamento atrincherado en Soullans, hacia la costa, para caer sobre el primer cuerpo que tratase de desembarcar. Entretanto el príncipe emigrado, rodeado de un numeroso consejo y de los enviados de todos los jefes bretones y vandeanos, continuaba deliberando sobre los planes del desembarco, y dejaba á Hoche tiempo suficiente para preparar sus medios de resistencia. Las velas inglesas que permanecían á la vista de las costas no cesaban de excitar los temores de los republicanos y las esperanzas de los realistas.

Así, desde los primeros días de la instalación del Directorio, la derrota de Maguncia y el desembarco de la Vendée eran motivos de alarma de que se servían con la mayor perfidia los enemigos del gobierno para hacer más difícil su establecimiento. Mandó explicar ó desmentir parte de los rumores que esparcían acerca de la situación de ambas fronteras y dió aclaraciones de los acontecimientos que acababan de verificarse. No podía ya encubrirse la derrota sufrida ante las líneas de Maguncia; pero el gobierno dió por respuesta á los discursos de los que alarmaban los ánimos que aun nos quedaban Dusseldorf y Neuwied; que seguía siempre en nuestro poder Manheim; que el ejército del Sambre y Mosa tenía por consiguiente dos cabezas de puente y una el ejército del Rhin para desembocar cuando les

conviniere al otro lado del río; que nuestra situación era por tanto la misma que la de los austriacos, porque si éstos eran dueños de operar por Maguncia en ambas orillas, también lo éramos nosotros por Dusseldorf, Neuwied y Manheim. El raciocinio era exacto; pero se trataba de saber si continuando sus triunfos los austriacos no nos privarían en breve de Neuwied y Manheim y se establecerían en la orilla izquierda entre los Vosgos y el Mosela. En cuanto á la Vendée, comunicó el gobierno las vigorosas disposiciones de Hoche, que no podían menos de tranquilizar á los hombres de buena fe, pero que no dejaban de inquietar á los patriotas exaltados ni impedían que los contrarrevolucionarios esparciesen recelos.

El Directorio redoblaba sus esfuerzos, en medio de tales peligros, para reorganizar el gobierno, la administración y especialmente la hacienda. Se le concedieron, como hemos visto, tres mil millones de asignados, que habían producido cuando más veintitantos millones en escudos. Acababa de suspenderse el empréstito voluntario abierto al 3 por 100 en los últimos días de la Convención, porque el Estado prometía una renta efectiva por un capital en papel y hacía una negociación ruinosa. El impuesto extraordinario de guerra, propuesto por la comisión de los cinco, no se había puesto aún en ejecución, y producía quejas como si fuese el último acto revolucionario de la Convención respecto á los contribuyentes. Iban, pues, á faltar todos los recursos. Los particulares, reintegrados según la escala de proporción, elevaban reclamaciones tan amargas que se habían visto obligados á suspender los reembolsos. Los maestros de posta, pagados en asignados, anunciaban que iban á retirarse porque los auxilios del gobierno no bastaban á cubrir sus pérdidas.

Iba, pues, á faltar en breve el servicio de postas; es decir, iban á cesar todas las comunicaciones, hasta las escritas, en todas las partes del territorio. El plan de hacienda anunciado para dentro de pocos días iba á presentarse inmediatamente, pues era la primera necesidad del Estado y el primer deber del Directorio, comunicándose en fin á la comisión de hacienda.

El número de asignados en circulación podía valuarse en unos veinte mil millones, y aun suponiéndoles todavía el uno por 100 de valor, cosa que no sucedía, todo lo más á que podría ascender sería á doscientos millones efectivos. Es verdad que hubiera podido tomarse por de pronto la providencia de no admitirlos más que al curso corriente, bien fuese en las transacciones entre particulares, bien en el pago de contribuciones ó en el de los bienes nacionales, con lo cual hubiera desaparecido aquella grande y terrible masa de papel; además quedaban todavía por vender unos siete mil millones de escudos de bienes nacionales, comprendiendo los de Bélgica y los bosques del Estado; de suerte que había inmensos recursos para retirar los veinte mil millones reducidos á doscientos, y hacer frente á nuevos gastos; pero era difícil tomar resolución tan grande y atrevida, porque se oponían á ella los escrupulosos, que la consideraban como una bancarrota, y los patriotas, que decían se trataba de arruinar á los asignados.

Ni unos ni otros tenían razón; porque la tal bancarrota, en caso de que lo fuese, era inevitable, y se veri-

ficó más tarde: sólo se trataba de abreviar el mal, es decir, la confusión, y de restablecer el orden de los valores, única justicia que debe el Estado á todo el mundo. A primera vista era sin duda una bancarrota tomar hoy por un franco un asignado que en 1790 se había emitido por 100 y que contenía entonces la promesa de 100 francos en tierra. Según este principio, hubiera sido preciso tomar los veinte mil millones en papel por veinte mil millones de escudos pagándolos íntegramente, pero los bienes nacionales apenas hubieran bastado á la tercera parte de esta suma. Aun en el caso de que hubiera podido pagarse íntegramente, era necesario saber cuánto había recibido el Estado emitiendo aquellos veinte mil millones, pues puede que no ascendiese á cinco mil millones. No se les había tomado por más al recibirlos de sus manos, y el tomador se había ya reintegrado por las ventas en un valor igual en bienes nacionales, de modo que se hubiera cometido la mayor injusticia respecto al Estado, es decir, á todos los contribuyentes, en considerar los asignados según su valor primitivo. Era, pues, preciso consentir en tomarlos por un valor reducido, y ya se había empezado á efectuarlo adoptando la escala de proporción.

No hay duda de que muchas personas conservaban todavía los primeros asignados emitidos, sin haberlos cambiado una sola vez, los cuales indudablemente sufrirían una pérdida enorme, habiéndolos recibido casi á la par y hallándolos hoy reducidos á cero. Sin embargo, esto no era más que una ficción absolutamente falsa. Nadie había guardado los asignados en depósito, porque no se atesora el papel. Todo el mundo se había apresurado á transmitirlos, y cada uno había experimentado una parte de la pérdida, sufriendo parte de la pretendida bancarrota, que desde entonces no lo era ya. La bancarrota de un Estado consiste en que se hace sobrellevar á algunos individuos, es decir, á los acreedores, la deuda que no se quiere cargar á todos los contribuyentes; y así, si todo el mundo había sufrido más ó menos en el descrédito de los asignados, no había bancarrota para nadie. Otra razón de más peso aún que todas podía alegarse. Aunque el asignado no hubiese bajado más que en algunas manos y perdido de su precio sólo para algunos individuos, había sin embargo pasado á las de especuladores en papel, cuya clase, más bien que la de los verdaderos perjudicados, hubiera sacado utilidad del aumento de valor. Por esto Calonne escribió en Londres un folleto, diciendo, con mucha razón, que se engañaban al creer á Francia agobiada por el cúmulo de asignados, y que este papel era un medio de hacer quiebra sin declararla. Hubiera debido decir, para expresarse con más justicia, que era un medio de que todos la sufriesen, es decir, de anularla. Era, pues, razonable y justo volver á la realidad y no tomar el asignado sino por lo que valía. A esto objetaban los patriotas que era inutilizar aquel papel que había salvado á la revolución, y miraban esta idea como si fuera concebida por los realistas. Los que pretendían ratiocinar con más acierto y conocimiento de la cuestión, sostenían que iba á hacerse caer repentinamente el asignado, y que no podría verificarse ya la circulación por la falta de papel que habría caducado y por la falta de metálico que se había escondido ó remitido al extranjero. El porvenir desmintió á los que así opi-



naban, á pesar de que con un sencillo cálculo hubieran podido adquirir una opinión más exacta. Los veinte mil millones de asignados representaban en realidad menos de doscientos millones; de modo que, según todos los cálculos, no podía hacerse la circulación en otros tiempos por menos de dos mil millones de oro y plata. Si, pues, en la actualidad sólo entraban en la circulación por doscientos millones, ¿con qué se hacían los demás convenios? Era evidente que los metales debían circular en gran cantidad, y así sucedía, pero en las provincias y en los campos, es decir, lejos de la vista del gobierno. Por otra parte, el metálico, como todos los demás géneros, acude donde la necesidad le llama, y desbandando el papel hubiera vuelto, como en efecto volvió, cuando ya se perdió éste.

Era, pues, un doble error, muy arraigado en los ánimos, considerar la reducción del asignado á su valor efectivo como una bancarota y como una inmediata ruina de los medios en circulación.

La comisión de Hacienda, dejándose llevar de las ideas que reinaban, sólo pudo adoptar en parte los verdaderos principios de la materia, y después de haberse convenido con el Directorio, expidió el oportuno decreto.

Según éste, en tanto que con el nuevo plan la venta de los bienes y la percepción de las contribuciones volviesen á entrar valores no nominales, sino efectivos, era preciso servirse aún de los asignados, y así se propuso subiese la emisión á treinta mil millones, pero obligándose á no hacerla subir más. El 30 nivoso debía romperse solemnemente el molde, con lo cual se tranquilizaba al público respecto á la cantidad de las nuevas emisiones. A los treinta mil millones emitidos se dedicaban mil de bienes nacionales, y por consiguiente el asignado, que en la circulación sólo valía realmente la centésimaquincuagésima parte y mucho menos, quedaba liquidado por la trigésima, lo que era una gran ventaja para los tenedores del papel. Todavía se destinaban mil millones más de escudos en tierras para premiar á los soldados de la república, cantidad que les estaba prometida hacía mucho tiempo. Quedaban, pues, cinco de los siete mil de que podían disponer, en los que se hallaban los bosques nacionales, las alhajas de los emigrados y la corona, las posesiones reales y los bienes del clero belga; de suerte que había aún cinco mil millones de escudos disponibles. Pero la dificultad consistía en disponer de este valor; pues, en efecto, el asignado había sido el medio para ponerle de antemano en circulación, antes de que se hubiesen vendido los bienes. Mas hallándose suprimido el asignado, puesto que no se podían añadir más que diez mil millones á los veinte mil existentes, suma que cuando más representaba cien millones de escudos, ¿cómo realizar de antemano el valor de los bienes y servirse de ellos para los gastos de la guerra? Esta era la única objeción que podía hacerse á la liquidación y supresión del papel.

Se inventaron, pues, las cédulas hipotecarias de que se había hablado el año último, y según este antiguo plan, debía tomarse un empréstito y dar á los prestamistas cédulas con hipoteca especial sobre los bienes designados, y á fin de hallar quien prestase, se debía de acudir á las compañías de crédito que se encargaban de estas cédulas.

En resumen, en vez de un papel cuya circulación era forzosa, y que sólo tenía una hipoteca general sobre el total de los bienes nacionales y que además cambiaba diariamente el valor, se creaba por las cédulas un papel voluntario, que se hipotecaba en una tierra ó casa, y que no podía sufrir más alteración en su valor que la que sufriera el mismo objeto que representaba; así es que no era en rigor un papel moneda. Verdad es que no estaba expuesto á bajar, porque no estaba forzosamente introducido en la circulación, pero también lo era que podía no hallarse donde colocarle. En una palabra, consistiendo siempre la dificultad, lo mismo al presente que al principio de la revolución, en poner en circulación el valor de los bienes, la cuestión se reducía á saber si era mejor forzar la circulación de este valor que dejarla voluntaria. El primer medio estaba ya desacreditado, y era natural pensar en tantear el otro.

Se convino, pues, en que una vez expedido papel hasta treinta mil millones, designando mil millones de escudos en bienes para amortizarlo y reservando otros mil millones para los soldados de la patria, se harían cédulas por una suma proporcional á las necesidades públicas, negociándolas con las compañías de crédito. En estas hipotecas no debían incluirse los bosques nacionales que querían conservarlos para el Estado, y que ascendían á unos dos mil millones sobre los cinco mil que quedaban disponibles; había de negociarse, pues, con las compañías el enajenar únicamente su producto por cierto número de años.

La consecuencia de este proyecto, fundado en la reducción de los asignados á su valor efectivo, era admitirlos al tipo corriente en todas las transacciones. Mientras que por la venta de los dos mil millones que les estaban afectos pudiesen amortizarse, no debían recibirse por los particulares y el Estado sino por el valor del día. De este modo el desorden en las transacciones iba á cesar y á hacerse imposible todo pago fraudulento. El Estado iba á recibir por el impuesto valores efectivos que cubrirían al menos los gastos ordinarios, y ya no había que pagar con los bienes sino los extraordinarios de guerra. El asignado no debía recibirse á la par, sino en el pago del atraso de las imposiciones; atraso que era considerable, pues ascendía á trece mil millones.

Así, pues, se daba á los contribuyentes atrasados un medio fácil de pagar, con condición de que lo hicieran inmediatamente; y la cantidad de treinta millones reembolsables en bienes nacionales por una trigésima parte, había disminuído otro tanto.

Luego que se adoptó este plan por la Asamblea de los Quinientos después de una larga discusión en sesión secreta, presentóse inmediatamente á los Ancianos, y mientras éstos se preparaban á discutirlo, se sometieron nuevas cuestiones á los primeros sobre el modo de incorporar á sus banderas los soldados que habían desertado en el interior, sobre el modo de nombrar jueces, empleados municipales y funcionarios de toda clase, que las juntas electorales, por efecto de las pasiones de vendimiario, no habían querido ó podido nombrar. El Directorio trabajaba, pues, sin descanso, proporcionando nuevos asuntos de que tratar á los dos consejos.

El plan de hacienda sometido á los Ancianos no carecía de buenos principios, y sobre todo presentaba

alguno de los inmensos recursos que todavía tenía la Francia; mas por desgracia no alcanzaba á vencer la principal dificultad, porque no subvenía inmediatamente á la escasez del momento.

Era evidente que con unas contribuciones anuales como las que tenía Francia había lo bastante para los gastos ordinarios con tal que el papel no hiciese ilusorio el pago de ellas, además de que con los siete mil millones de francos en bienes nacionales, destinados á reembolsar los asignados, no quedaba la menor duda de que la nación podía salir del apuro; pero no era tan esencial formar un buen plan y fundarlo en buenos principios, como facilitar medios para hacer frente á actuales escaseces.

En consecuencia, los Ancianos no fueron de opinión de que se debía renunciar tan pronto á los asignados. La facultad de crear aún diez mil millones de ellos presentaba cuando más un recurso de cien millones de escudos, que era muy poco para esperar lo que debía proporcionar el nuevo plan. Además, ¿habría compañías para tratar de beneficiar los bosques en veinte ó treinta años? ¿Se hallarían para aceptar cédulas, es decir, asignados libres? En la incertidumbre en que se estaba de poder servirse de los bienes nacionales, ¿debía renunciarse el antiguo modo de gastarlos, es decir, á los asignados forzosos? El Consejo de los Ancianos, que examinaba con mucha severidad las resoluciones de los Quinientos y que había ya desechado más de una vez, puso su *veto* al proyecto de hacienda y rehusó admitirlo.

Esta negativa produjo la mayor ansiedad en los ánimos, y volvió á renacer la incertidumbre, con no poco contento de los contrarrevolucionarios que se empeñaban en sostener que las dificultades de la situación eran irremediables y que la república iba á perecer por la hacienda, como lo temían también los hombres más ilustrados, que no suelen ser siempre los más resueltos.

Los patriotas, por otra parte, irritados sobre manera al ver que se había intentado abolir los asignados, exclamaban que quería destruirse esta última obra revolucionaria que había salvado la Francia, y pedían que sin titubear más tiempo se restableciese el crédito de los asignados por los medios del 93, el *máximo*, las requisas y la muerte; violencia y acaloramiento que recordaban los años de mayor turbulencia.

Para colmo de infortunio se habían agravado los acontecimientos del Rin: Clerfayt, aunque no se aprovechaba como gran capitán de la victoria, había logrado sin embargo nuevos triunfos, pues habiendo llamado al cuerpo de La Tour, se dirigió contra Pichegrú, le atacó sobre el Pfrim y el canal de Frankendal, rechazándole sucesivamente hasta Landau. Jourdan se adelantó al Nahe, atravesando un país escabroso, y empleaba el mayor celo en sostener la guerra en estas espantosas montañas para libertar al ejército del Rin; pero sus esfuerzos no podían hacer más que disminuir el ardor del enemigo sin reparar nuestras pérdidas.

Así es que aunque nos quedaba aún la línea del Rin en los Países Bajos, la habíamos perdido en la altura de los Vosgos, y el enemigo nos había privado alrededor de Maguncia de un ancho semicírculo.

En tal conflicto envió el Directorio un despacho muy urgente al Consejo de los Quinientos, proponiendo una

de aquellas resoluciones extraordinarias que se habían tomado en las ocasiones decisivas de la revolución: un empréstito forzoso de seiscientos millones en valor real, es decir, en metálico ó en asignados al curso, repartido entre las clases más ricas. Esto era dar campo á una nueva serie de arbitrariedades, como cuando el empréstito Cambón sobre los ricos; pero como este nuevo empréstito se exigía inmediatamente, podían recogerse con él todos los asignados en circulación, suministrar además un exceso de trescientos ó cuatrocientos millones en efectivo, y finalmente, era necesario recurrir á prontos y enérgicos remedios, y se adoptó inmediatamente.

Acordóse que se recibirían los asignados al uno por 100, de modo que doscientos millones del empréstito bastaban para absorber veinte mil millones de papel. Todo cuanto se recogiera debía quemarse, y así se esperaba que amortizando casi todo el papel, subiría el precio, y que en todo rigor se podía emitir más y servirse de este recurso. De los seiscientos millones debían percibirse cuatrocientos en metálico, que bastarían para satisfacer las necesidades de los dos primeros meses, porque se calculaban en mil quinientos millones los gastos de aquel año IV de la república (1795-1796).

Algunos enemigos del Directorio que, sin preocuparse mucho por el estado de la nación, querían sólo oponerse á toda costa al nuevo gobierno, hicieron las más alarmantes objeciones. Este empréstito, decían, iba á consumir todo el metálico de Francia, y ni aun habría bastante para pagarlo: como si el Estado al tomar cuatrocientos millones en moneda no hubiese llevado el objeto de devolverlos inmediatamente á la circulación, comprando trigos, paños, cueros, hierros, etc. El Estado sólo iba á quemar el papel, y la cuestión se reducía á saber si la Francia podía dar inmediatamente cuatrocientos millones en géneros y mercancías, y á más doscientos millones en papel, que se llamaban ostentadamente veinte mil millones. Podía ciertamente hacerlo; el único inconveniente estaba en el modo de percibirlos, que sería gravoso, y por consiguiente menos productivo; pero no se sabía cómo hacerlo.

Fijar los asignados en treinta mil millones, es decir, no tener más recursos que cien millones efectivos, destruir después el molde y fiar la suerte del Estado á la enajenación de la renta de los bosques y despacho de las cédulas hipotecarias, esto es, á la emisión de un papel voluntario, les parecía mucho atrevimiento, y en la incertidumbre de lo que podría hacer la voluntad libre, prefirieron los Consejos obligar á los franceses á que contribuyeran extraordinariamente. Hicieron la reflexión de que por medio del empréstito forzoso, debía entrar precisamente en el Tesoro al menos parte del papel y una cierta suma de metálico, además de que siempre se conservaba el molde, que había adquirido más valor con la desaparición de la mayor parte de los asignados.

Mas no por eso se renunció á los demás recursos; decidióse expedir cédulas de parte de los bienes, operación prolija, porque era preciso hacer mérito de las circunstancias de cada finca en las cédulas, y después se entablarían negociaciones con las compañías de crédito. Se decretó la venta de las casas situadas en las ciudades, la de las tierras que no pasasen de trescientas fanegas, y finalmente, la de los bienes del clero belga.